

La HONDA de DAVID por Sebastián Salazar Bondy

TODO LO QUE QUEREMOS

Si los Social-progresistas fuéramos demagogos no habríamos elaborado, y menos publicado, el "Plan de 20 años contra la miseria" que desde tres semanas viene ocupando la página central de este semanario. Los políticos a la manera tradicional, los labiojeros de votos que se heredan el poder desde hace 140 años, tienen a flor de labio la promesa fácil, el paraíso a corto plazo. Nada les importa defraudar a sus electores al mes de haberse puesto la banda presidencial y de haber ocupado el escaño parlamentario. La técnica es vieja y, no obstante su decrepitud, sigue dando resultados. Se lleva enseguida lanzando contra el viento las palabras huecas que el mismo viendo se lleva enseguida para siempre. El Social-progresismo, que en muchos aspectos de la vida nacional ha introducido un "nuevo estilo" y que ha obligado con él a los antiguos y a los flamantes politiqueros a echar mano por lo menos de términos y nociones técnicas (estructura socio-económica, planificación, revolución, etc.), y afirma tener en sus manos ninguna varita de Rey Midas.

¿Qué sostiene en su Plan de Gobierno? Sería audaz quererlo traducir en pocas palabras al lenguaje periodístico. Más bien se puede fijar la atención en un aspecto de este programa de cuatro quinquenios: en el de la planificada conversión de un país, ahora dividido en ricos, acomodados, pobres y desamparados, en un país de trabajadores, libre de ociosos y parásitos. Al cabo de una generación, dentro de una consigna de austeridad y labor solidaria, se acabará con los abismos que separan al señor del cadillac, el whisky, la playa propia, la mansión con jardín y la "dolce vida", del campesino reducido a la servidumbre, a la indignidad, al hambre y a la temprana muerte. ¿Cómo? Sin varita mágica. Con la verdad.

El 70% de los peruanos sólo tiene como renta diaria la irrisoria suma de tres soles. O sea, sólo toma de la Renta Nacional el 19%. Del gran pastel únicamente prueba unas migajas. Esos peruanos son los campesinos, los obreros, los habitantes de las barriadas urbanas, los desocupados, los artesanos. Un 17% de la ciudadanía cobra —y ya es mucha la diferencia con el grupo anterior— veinte soles con diez centavos diarios de renta por persona al día, tocándose así el 31% del pastel. Son los empleados corrientes, los pequeños comerciantes, la clase media en general. Y por último, un 13% de individuos percibe cuarenta y dos soles con cincuenta por día, apropiándose de la mitad de la gran torta. Entre estos devoradores, el trozo más suculento lo poseen los plutócratas, rentistas, banqueros y latifundistas. Esa es el panorama económico nacional reducido a cifras promedio. No es cosa de presbitigadores ni milagreritos, como intentan hacérselo creer al pueblo los demagogos de las candidaturas derechistas, hacer que una sociedad organizada de la manera descrita se convierta en una sociedad justa.

Para dar el vuelco hacen falta, tal como lo dice el MSP, veinte años, cinco planes quinquenales y la batalla contra la miseria emprendida por una generación, por nuestra generación. Porque esos planes quinquenales incluyen —búsquese en nuestro semanario la explicación pormenorizada— el logro del pleno empleo, la organización de la producción (con Reforma Agraria, Reforma de la Empresa, Socialización de la Banca, etc.) en función de las necesidades, la planificación de las inversiones con mira al crecimiento, de la redistribución de la Renta Nacional (el famoso pastel) y la elevación a la categoría de servicios públicos de la alimentación, la educación y la salud. Los demagogos de la oligarquía no pueden suscribir un tan serio proyecto, y por dos razones: primero, porque subestimarlos; al elector considerarlo que hay que prometerle el oro y el moro para conquistarlo; y segundo, porque un plan como el del MSP está encaminado a terminar con los privilegios de unos pocos para crear el bienestar de todos. Para convertir, en síntesis, este país de 10 millones de peones y cincuenta familias millonarias en un país de trabajadores y sólo trabajadores. Es un plan socialista.

El desnivel que existe entre el decrecimiento económico del país y su acelerado crecimiento demográfico anuncia la hambruna. La "Alianza para el Progreso" —que quita con el codo lo que da con la mano— es una aspirina para este mal de fondo. Sólo una planificación socialista como la del Social-progresismo puede solucionar la grave crisis que día a día postra al Perú. Lo decimos valientemente, arriesgando el éxito inmediato en aras de la realidad y su verdad. Que nuestros lectores juzguen y digan si tenemos razón. Es todo lo que queremos.